



ADOLESCENCIA Y MALTRATO ANIMAL

1. Adolescencia y perpetración de maltrato animal
2. Exposición al maltrato animal. Adolescentes testigos
3. Adolescentes y cultura de la aceptación social del maltrato animal

Adolescencia y perpetración de maltrato animal

La evidencia científica sugiere que las conductas de violencia hacia humanos y hacia animales comparten las mismas vías de adquisición, incluido el papel significativo que tiene el hecho de haber participado directamente y/o haber sido testigo de estas conductas agresivas en la infancia y en la adolescencia (Gullone, 2011).

Los delincuentes violentos suelen tener en su infancia y adolescencia antecedentes de crueldad reincidente contra los animales. Un conjunto de estudios recientes ha demostrado que la crueldad hacia animales en estas etapas de la vida es un factor predictivo relativamente constante de violencia interpersonal en la vida adulta.

Todas las formas de violencia comparten características comunes: sus víctimas son seres vivos que pueden mostrar señales de dolor o sufrimiento con los que los seres humanos deberían sentir empatía y que pueden morir como resultado de sus lesiones (Ascione, 2001). Estudios que analizan la relación entre el maltrato a animales y la violencia hacia personas sugieren que el maltrato animal puede ser característico de las historias de desarrollo de entre uno de cada cuatro y casi dos de cada tres delincuentes violentos adultos (Ascione, 2001).

Ejemplos de estudios:

- Distintos estudios documentan que la exposición al maltrato animal en la niñez o en la adolescencia está relacionada con el desarrollo de una serie de problemas emocionales y conductuales en niños y jóvenes. Un conjunto de investigaciones sugiere, además, que la participación durante la infancia y la adolescencia en actos de maltrato animal es un marcador importante para las actitudes antisociales y conductas agresivas, así como un predictor de la violencia interpersonal en la edad adulta (Ascione, 2001; Ascione et al., 2006; Arkow, 2007).
- Un informe sobre el maltrato animal y la violencia juvenil de la Oficina de Justicia Juvenil y Prevención de la Delincuencia de EE.UU. (Ascione, 2001) describe investigaciones

que vinculan el maltrato animal con la violencia y delincuencia perpetrada por jóvenes y adultos, haciendo énfasis en la prevalencia de la crueldad contra los animales por parte de niños y adolescentes y en el maltrato animal como síntoma de un trastorno de la conducta.

- Un estudio realizado con una muestra de reclusos de centros correccionales de seguridad media y máxima constató que cerca del 43 % de los 261 hombres encuestados manifestaron haber cometido maltrato animal durante la infancia o la adolescencia (Tallichet, Hensley, & Singer, 2005).
- En su estudio sobre los factores de riesgo de violencia grave contra hermanos, realizado con una muestra de jóvenes de entre 10 y 19 años, Khan y Cooke (2008) hallaron que el maltrato animal perpetrado por niños y adolescentes puede ser un importante predictor de actos violentos dirigidos contra hermanos.
- Los jóvenes que han maltratado a animales a una edad temprana son más propensos a justificar que un padre agrede a sus hijos y que un hombre agrede a su esposa (Flynn, 1999).
- En un estudio realizado por Tallichet y Hensley en 2004 a partir de una muestra de reclusos, los investigadores hallaron que los encuestados que habían cometido repetidamente actos de maltrato animal en la infancia y adolescencia contra animales tenían más probabilidades de cometer reiteradamente delitos de violencia interpersonal en la edad adulta. En un estudio posterior realizado con 180 reclusos encuestados, Hensley y sus colaboradores constataron que aquellos hombres que reportaron haber cometido más actos de maltrato a animales en la infancia y en la adolescencia se habían mostrado más propensos a cometer más actos de violencia interpersonal en la edad adulta. Además, la crueldad hacia los animales en edades tempranas fue el único predictor significativo de la violencia posterior hacia humanos en comparación con varios factores demográficos (Hensley et al., 2009).
- Varios estudios realizados con niños y adolescentes sugieren que existe una relación entre la comisión de maltrato animal y la perpetración de delitos sexuales. Un estudio con delincuentes juveniles que habían abusado sexualmente de otros menores de edad halló que un 20 % de dichos agresores tenían también historiales de maltrato y abuso sexual de animales (Duffield, Hassiotis & Vizard, 1998).
- Tingle et al. (1986) llevaron a cabo un estudio sobre la relación entre las agresiones sexuales y la existencia de antecedentes de crueldad contra los animales. El 48 % de los violadores y el 30 % de los pederastas habían cometido maltrato animal en su infancia o adolescencia.
- Los estudios sobre asesinos en masa en escuelas demuestran que un porcentaje muy significativo de estos agresores (entre el 43 y el 50 por ciento) había maltratado a animales con anterioridad (Verlinden et al., 2000; Arluke & Madfis, 2013). Así, por ejemplo, Evan Ramsey (autor de la masacre de Bethel, Alaska) solía lanzar piedras contra los perros por diversión. Eric Harris y Dylan Klebold (autores del tiroteo escolar de

Littleton, Colorado) solían explicar a sus amigos sus actos de mutilación de animales. Kipland “Kip” Kinkel (autor del tiroteo escolar de Springfield, Oregón) alardeaba ante sus compañeros de sus actos de crueldad contra los animales, entre los que se incluían decapitar a gatos y volar a una vaca con explosivos. Uno de los casos mejor documentados es el de Luke Woodham (autor del tiroteo escolar de Pearl, Mississippi), quien, antes de asesinar a su madre y a dos maestros había torturado y matado a su propio perro.

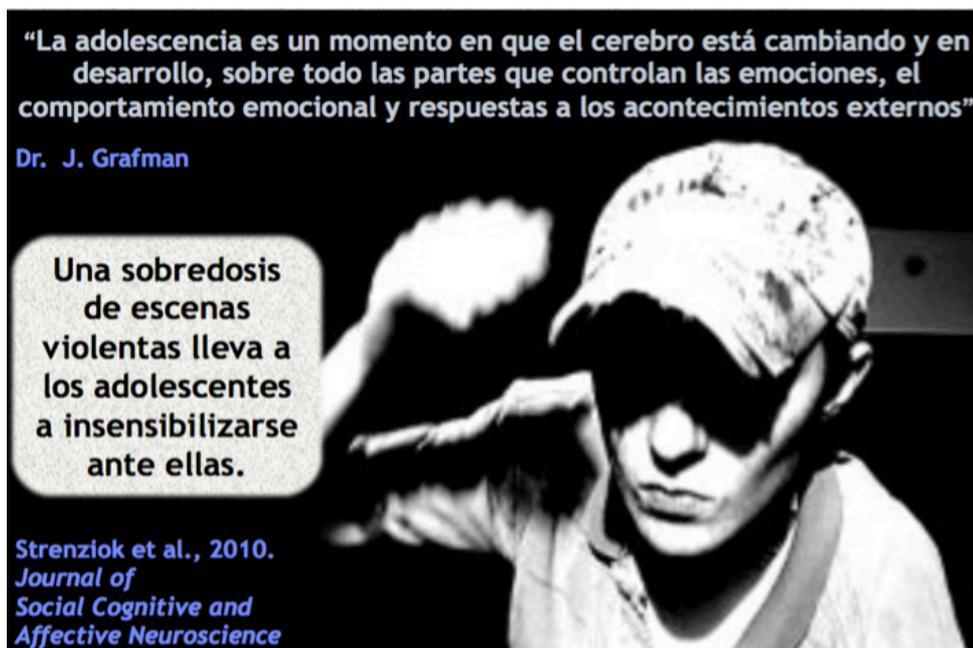
- En 1998, Ressler y sus colaboradores llevaron a cabo un estudio para examinar el posible vínculo entre la crueldad contra los animales y el homicidio sexual. Los investigadores hallaron que el 36 % de estos delincuentes habían cometido actos de crueldad contra los animales en su infancia, el 46 % habían maltratado a animales durante la adolescencia y el 36 % seguían maltratando a los animales en su vida adulta.
- Ascione y Arkow (1999) sugieren que algunos adolescentes que han sufrido maltrato cometen actos de crueldad contra los animales para ejercer su poder sobre una víctima más débil y experimentar así sensaciones de dominio y control. Un estudio con menores de edad de entre 5 y 17 años encontró que los niños y adolescentes expuestos a violencia doméstica eran tres veces más propensos a maltratar animales que el grupo de control que no había sido expuesto a violencia doméstica (Currie, 2006).
- Un estudio que analizó los datos y la evaluación psiquiátrica de niños y adolescentes (de entre 3 y 17 años) de un hospital pediátrico reveló que el grupo de menores que exhibió conductas de maltrato animal presentó más a menudo problemas con sus compañeros y una probabilidad más de cinco veces mayor de haber cometido actos de acoso escolar o *bullying*. Asimismo, el grupo de niños y adolescentes que maltrataron a animales presentó más del doble de probabilidades de haber llevado a cabo actos sexuales agresivos o inapropiados (Boat et al., 2011).

Mediante exhaustivas revisiones de trabajos teóricos y de investigación relacionados con el maltrato animal, el comportamiento antisocial y la agresividad, Gullone demuestra que los comportamientos de crueldad hacia los animales son otra forma de conducta antisocial que acostumbra a ir acompañada de agresión y violencia hacia las personas, junto con otros delitos, incluso de tipo no violento. Según la investigadora, los autores de delitos de maltrato animal son a menudo las mismas personas que perpetran también otros delitos o faltas de carácter antisocial, como pueden ser el maltrato a la pareja o a los hijos, el acoso escolar y la violación (Gullone, 2012).

Como ocurre con otras formas de comportamiento delictivo, la adolescencia es una etapa habitual para incurrir en crueldad contra los animales. En un estudio realizado con delincuentes en Massachusetts que indicó una estrecha relación entre la perpetración de maltrato a animales y la comisión de delitos de violencia, delitos contra la propiedad y delitos relacionados con las drogas y disturbios públicos, algo más de una cuarta parte de estos delincuentes con condenas por maltrato a animales eran adolescentes (Arluke & Luke, 1997).

En su revisión de los estudios que señalan la existencia de un patrón entre la crueldad recurrente contra los animales y las posteriores conductas agresivas contra las personas, Miller constata que varios investigadores concluyen que una de las causas de la crueldad contra los animales es la ausencia de remordimientos (Miller, 2001). En este sentido, Merz-Perez y Heide (2004) apuntan que la falta de empatía y remordimientos puede explicar la posterior violencia contra las personas. En su estudio sobre el maltrato animal perpetrado por delincuentes violentos y no violentos, el análisis estadístico demostró que el porcentaje de participantes violentos que no manifestaron empatía ante los actos de crueldad era significativamente mayor entre los delincuentes violentos, en relación a quienes habían agredido a animales salvajes (27 % frente a 7 %) y a animales domésticos (22 % frente a 7 %) (Merz-Perez & Heide, 2004; citado en Tallichet & Hensley, 2008).

En este sentido, un estudio que examinó las conductas hacia animales y humanos en una muestra de 381 jóvenes de entre 13 y 18 años confirmó que, mientras que tener un bajo nivel de empatía era un predictor significativo de comportamientos antisociales, tener un nivel alto lo era de comportamientos prosociales hacia humanos y animales (Thompson & Gullone, 2008). Los bajos niveles de empatía constituyen un factor de riesgo para el desarrollo de comportamientos antisociales y agresivos (Gullone, 2012; McPhedran, 2009).



“La adolescencia es un momento en que el cerebro está cambiando y en desarrollo, sobre todo las partes que controlan las emociones, el comportamiento emocional y respuestas a los acontecimientos externos”

Dr. J. Grafman

Una sobredosis de escenas violentas lleva a los adolescentes a insensibilizarse ante ellas.

**Strenziok et al., 2010.
Journal of
Social Cognitive and
Affective Neuroscience**

Exposición a la violencia y maltrato animal. Adolescentes testigos:

Exponer intencionalmente a una persona al maltrato de un tercero ha sido clasificado como una forma de maltrato en sí misma (Schumacher *et al.*, 2001).

La exposición de menores de edad a escenas de violencia podría aumentar el riesgo de que éstos desarrollen síntomas de estrés postraumático (Cunningham & Baker, 2004; Graham-Bermann & Levendosky, 1998).

La exposición a la violencia aplaudida o manifiestamente aprobada puede ser especialmente perjudicial para el menor de edad (Castaño, 2014).

La investigación ha demostrado consistentemente la importancia de haber presenciado agresiones a la hora de desarrollar posteriores comportamientos antisociales (p.ej., Cummings, 1987; Davies *et al.*, 1999; Margolin & Gordis, 2000).

Diversas investigaciones han demostrado que la exposición a la violencia es un predictor del aumento de pensamientos violentos y de desensibilización a la exposición posterior a la violencia. Por otra parte, también predice la existencia de una mayor aceptación y aprobación de comportamientos violentos (p.ej., Anderson & Huesmann, 2003; Anderson *et al.*, 2010, Hansen & Hansen, 1990). Asimismo, existe evidencia empírica que demuestra que la exposición a la violencia en la vida real durante la infancia y la adolescencia desempeña un papel importante en la formación de creencias y cogniciones relacionadas con la agresión y la violencia, y en el desarrollo de actitudes y conductas agresivas (Flynn, 1999; Baldry, 2005; Gullone & Robertson, 2008; Margolin & Gordis, 2000; Thompson & Gullone, 2006).

La exposición a la violencia contribuye al desarrollo de problemas de salud mental durante la niñez y adolescencia. Los estudios con niños y adolescentes encuentran típicamente diferencias de género en los resultados, volviéndose los muchachos más agresivos y las muchachas más deprimidas. Experimentar cualquier tipo de violencia puede producir daños duraderos (físicos, mentales y emocionales), ya sea el menor de edad una víctima directa o un testigo (Sheidow *et al.*, 2001).

Los estudios indican que el haber sido testigo de maltrato animal es un importante factor predictivo del aprendizaje y la adquisición de comportamiento agresivo. Se ha podido documentar que los niños y adolescentes que han sido testigos directos de violencia y agresiones son más propensos a desarrollar creencias y *scripts* (pautas de actuación) que fomentan la agresión e intensifican la tendencia al comportamiento agresivo.

Estos hallazgos de numerosas investigaciones suscitan preocupación por la influencia que ciertos comportamientos legalmente permitidos tienen en el desarrollo de la agresión,

particularmente en niños y jóvenes con una disposición vulnerable al desarrollo de problemas actitudinales y conductas violentas, o en aquellas personas que crecen en un ambiente disruptivo o desfavorecido, o en una familia donde está presente la violencia doméstica.

Ejemplos de estudios:

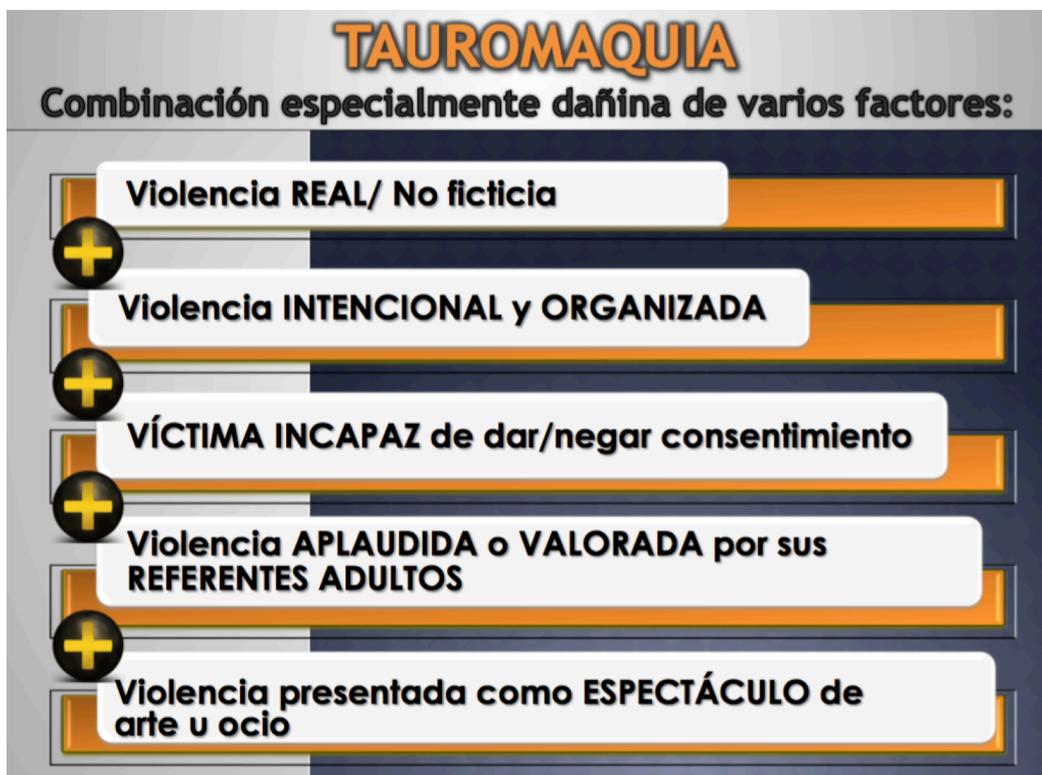
- Algunos estudios realizados directamente con menores de edad revelan que la violencia hacia los animales y el *bullying* están interrelacionados (p. ej., Baldry, 2005; Henry, 2007). En un estudio que se centró en investigar los predictores de conductas de intimidación y *bullying* con una muestra de 249 adolescentes, los resultados indicaron que ser testigo de maltrato hacia animales puede ser un predictor de la perpetración de maltrato a animales y de conductas de *bullying* (Gullone & Robertson, 2008). Gullone y Robertson no solo aportaron evidencia empírica que respalda la coexistencia de agresiones a animales y de agresiones a personas en la juventud, sino que también demostraron la importante influencia del aprendizaje por observación en el desarrollo del comportamiento agresivo, que concuerda con la teoría del aprendizaje social de la agresión de Bandura.
- Algunas investigaciones indican que los jóvenes que han sido expuestos al maltrato animal, ya sea como testigos o como partícipes, son más proclives a incurrir en maltrato animal ilegal y a perpetrar actos de delincuencia juvenil (p. ej., Henry, 2004).
- Algunas investigaciones que han analizado la actividad del cerebro de adolescentes mediante imagen por resonancia magnética funcional (fMRI) han detectado, entre los jóvenes que han sido expuestos a repetidas imágenes de violencia, cambios preocupantes en las regiones cerebrales que suelen activarse ante la visualización de escenas de agresión. Como ejemplo, un estudio halló que la respuesta de dichas zonas se atenúa a medida que los jóvenes contemplan más escenas violentas. Se volvían insensibles. Los investigadores concluyeron que “la exposición provoca que el adolescente (...) sea más proclive a cometer actos violentos debido a que el componente emocional asociado con la agresión disminuye, el cual normalmente actúa como freno de conductas agresivas.” (Strenioski et al., 2010).
- En otro estudio con reclusos, Hensley y Tallichet (2005) constataron que los encuestados que observaron (en edades tempranas) a un amigo maltratar a animales eran más propensos a lastimar o a matar a los animales y a hacerlo con más frecuencia.
- Un estudio que presentó datos basados en los testimonios de 281 adolescentes (de 12 a 18 años de edad) que manifestaban haber sido testigos de maltrato animal y haber participado en actos de maltrato a animales, halló que el haber sido reiteradamente testigo de este tipo de agresiones estaba relacionado con unos índices considerablemente más altos de crueldad hacia los animales. Los participantes que habían presenciado “frecuentemente” actos de maltrato animal reportaron la comisión de más agresiones hacia animales que aquellos que los habían presenciado solo “algunas veces”. (Thompson & Gullone, 2006).

Corridos de toros y festejos taurinos: combinación de violencia real, intencional y manifiestamente aprobada.

-Escenas de agresiones intencionales y de humanos y animales con heridas impactantes.

-Entorno de modelos adultos que demuestran aprobación de escenas violentas.

-Además, en los eventos conocidos como festejos taurinos, los niños y adolescentes pueden ser testigos de la muerte por violencia de sus propios familiares o conocidos.



Los factores que conducen al maltrato animal son los mismos que suelen desencadenar comportamientos antisociales y agresivos hacia humanos.

Los espectáculos y manifestaciones de violencia hacia animales crean un clima social y cultural de normalización y aceptación de la violencia que puede afectar a niños y adolescentes (CoPPA, 2012).

La agresión permitida legalmente puede ejercer una influencia significativa en los niños y adolescentes y en el desarrollo de estructuras cognitivas y comportamientos consecuentes (Gullone, 2014).

Ciertas características biológicas son predictivas del desarrollo de una trayectoria de conductas antisociales.



Más predecibles si estas características se refuerzan con experiencias ambientales y sociales que ponen a los niños en riesgo (Gullone, 2012).



LOS FACTORES DE RIESGO SON ACUMULATIVOS Y ACTÚAN CONJUNTAMENTE

Los riesgos aumentan con la exposición a distintos tipos de violencia o la exposición a repetidos episodios de violencia.

Finkelhor, OJJDP Bulletin, 2009.

(P. ej., exposición a la violencia doméstica + la violencia hacia animales)

Adolescentes y cultura de la aceptación social del maltrato animal

Los estudios empíricos que examinan los factores predictivos de las conductas agresivas y antisociales apuntan a una serie de factores de riesgo constitucionales o biológicos y a factores de riesgo a nivel individual. Asimismo, también se ha demostrado que los contextos sociales y ambientales son importantes. Estos factores incluyen microambientes o ambientes proximales tales como la familia del menor de edad, grupos de pares y experiencias parentales. De igual modo, también se incluyen los ambientes más distales, como actitudes y normas culturales. En comunidades y ambientes que son tolerantes a los comportamientos violentos, se promueve el desarrollo de pautas agresivas y creencias normativas relacionadas con la violencia (Gullone, 2012, 2014; 'Making the Link' Study, 2014). La confluencia e interacción de estos factores de riesgo contribuye a la génesis y desarrollo de las conductas antisociales y violentas.

La teoría del derrame cultural (*cultural spillover*, Straus, 1991, 1994; Straus & Baron, 1990) sostiene que en las sociedades con una cultura con altos niveles de violencia socialmente aprobada se puede producir un efecto de derrame, por lo que esas culturas también tienen niveles más altos de violencia no aprobada por la misma sociedad. Baron y Straus (1988) constataron que los estados de EE.UU. con niveles más altos de violencia legalizada (medidos por variables como la tasa de ejecución de presos, el número de licencias de caza concedidas, la existencia de leyes que permiten el castigo corporal y la tasa de circulación de material que incluye contenido violento) también evidenciaron mayores tasas de asesinatos. Asimismo, varias investigaciones han documentado la violencia

extrainstitucional hacia humanos por parte de personal militar, guardias de prisión y verdugos, entre otros grupos que están autorizados a incurrir en actos de violencia en ciertos contextos. Otros estudios han examinado los efectos de la legitimación de la violencia para fines considerados aceptables por la sociedad (el control de la delincuencia, el dominio militar o la disciplina de los niños) con la idea de mostrar que la violencia no es simplemente un reflejo de desviaciones o características individuales. Estos estudios sugieren que la violencia hacia humanos que existe en determinados contextos o esferas culturales puede extenderse a la violencia extrainstitucional contra humanos que no cuenta con la aprobación de la sociedad (p. ej., Stack & Tsoudis, 1997; Kauffman, 1988; Allen, 2000; Mercier, 2000; Rosen et al., 2003; Marcshall et al., 2005).

En este sentido, más recientemente, diversos investigadores han empezado a examinar el impacto de culturas regionales y normas nacionales que toleran o legitiman el maltrato animal en la esfera pública, y su impacto en los adolescentes.

“La contemplación del maltrato como costumbre en una sociedad conlleva un incremento de las prácticas de maltrato entre quienes han sido testigos de tales actos (Anderson et al., 2010; Baldry, 2005; Becker, Stuewig, Herrera, & McCloskey, 2004; Currie, 2006; Greeson & Williams, 1986; Gullone & Robertson, 2008; Hansen & Hansen, 1990; Margolin & Gordis, 2000). Estos hallazgos respaldan también la idea de que el menosprecio de los animales socialmente aceptado puede tener como consecuencia un incremento del maltrato de los animales por parte de las personas (Baron & Straus, 1988; Flynn, 2012) (...) Los investigadores hallaron que en una sociedad cuyas actitudes y normas culturales fomentan el maltrato animal, hay más personas que cometen este tipo de maltrato, constatando asimismo que la cultura nacional era un factor significativo de predicción del maltrato animal, lo que respalda el papel del macroentorno (Flynn, 1999a, 2012). (...) ” (Plant et al., 2016. P. 15).

“Importantes factores individuales como la empatía pueden operar a escala nacional. En consecuencia, algunas culturas pueden tener actitudes hacia los animales que fomenten su maltrato entre los miembros de la sociedad. Del mismo modo, en las culturas que incluyen normas de aprobación de la violencia en general, los individuos pueden ser más propensos a utilizar la violencia contra otros, incluidos los animales. Como resultado, el maltrato puede ser inherente a la cultura nacional y endémico públicamente en una nación.” (Plant et al., 2016 pp. 28-29).

Estudio: "Es una vida de perro". Cultura, empatía, género y violencia doméstica predicen el maltrato animal en adolescentes - Implicaciones para la salud social

-Malcolm Plant, Paul van Schaik, Eleonora Gullone, Clifton Flynn.
Journal of Interpersonal Violence, Julio 2016.

Este estudio reciente investigó las ramificaciones del maltrato animal en un entorno en el que la cultura nacional fomenta un espíritu de "aceptación social" del maltrato animal en la comunidad. Se llevaron a cabo dos estudios con adolescentes con la intención de examinar varias hipótesis, entre ellas: La hipótesis 5: en una sociedad que acepta el maltrato animal como normativo, más personas cometen maltrato animal y la hipótesis 6: a cuanta más violencia doméstica haya estado expuesta una persona, más probabilidades habrá de maltrato a los animales. Los resultados de la investigación con adolescentes apoyaron ambas hipótesis.

Según los investigadores, en 2013, para abordar el problema de los 3 millones de animales abandonados denunciado por el gobierno rumano, se aprobó la Ley 258/2013 y se legalizó la "erradicación" de esos animales. La propaganda en los medios respaldó esta estrategia y la caracterización de "indeseable" de los animales abandonados "contribuyó a generalizar actitudes de aceptabilidad del comportamiento agresivo y violento." (Plant et al., 2016. p15) Los posteriores informes de maltrato animal en lugares públicos en Rumania han incluido el envenenamiento, ahorcamiento, golpeo hasta la muerte y atropellamiento deliberado de perros con vehículos. La disminución del estatus de los animales aseguró que se les considerara como alimañas e invitó a dichos ataques en lugares públicos. Un estudio previo (Making the Link), por ejemplo, mostró que un total de 86,3% de los menores de edad en Bistrita habían sido testigos del maltrato animal en público (Gullone & Plant, 2014).

El Estudio 1 fue realizado con una muestra de adolescentes de Alemania y Rumania (101 encuestados alemanes y 169 rumanos; 143 chicos y 135 chicas; con edades entre 13 y 17 años) para investigar el papel de dos culturas nacionales diferentes. En el Estudio 2 participaron jóvenes de 15 años de 29 zonas rurales y 31 de zonas urbanas de Rumania.

Los investigadores hallaron que el maltrato animal se asoció negativamente con la empatía afectiva y la cultura nacional. En Rumania se encontró que el maltrato animal era más frecuente. La empatía afectiva medió completamente la asociación entre el género y el maltrato a animales. El ser testigo de maltrato a animales también fue predictivo de la participación en el maltrato a animales, pero no independiente de la cultura nacional.

En el Estudio 2 se constató que el 30% de los adolescentes de la muestra manifestó haber sido cruel con animales. El maltrato a animales fue notablemente mayor en el medio rural que en el medio urbano. Además, en el medio rural, la exposición a la violencia doméstica en la comunidad fue un predictor de maltrato animal por parte de los adolescentes. En este estudio se halló evidencia de una asociación significativa entre la violencia doméstica (exposición en la comunidad) y el maltrato animal.

"Como aliados del maltrato animal se hallaban la violencia doméstica (24,9%), el ser una víctima de violencia en la escuela (60,1%) y el abuso sexual (15%)" (Plant et al., 2016).

Asimismo, la información presentada por sus profesores sugiere que existió reluctancia por parte de los adolescentes a admitir la violencia doméstica y sexual, por lo que las cifras reales podrían ser substancialmente más altas, lo que también está reflejado por un informe de Unicef (2014) y la encuesta de Eurobarometer sobre violencia contra mujeres en Rumania (European Commission, 2010) y por encuestas nacionales (p.ej., el 31% de los encuestados indicaron que aprobaban la afirmación de que “en ocasiones las mujeres que son golpeadas tienen la culpa” (INSCOP, 2013).

Los investigadores concluyeron que en una sociedad con actitudes culturales y normas que promueven el maltrato animal, más personas cometen maltrato a animales y que la cultura nacional es significativa para predecir la violencia hacia los animales, apoyando así el papel del macroambiente. La legitimación del abuso y la desvalorización del estatus de los animales sirven para estimular la violencia hacia ellos, lo que puede verse agravado debido a una cultura que históricamente ha desarrollado una aceptación social de la violencia doméstica.

Extractos de las conclusiones de los investigadores:

“Los procesos que intervienen en el desarrollo de comportamientos agresivos y, en especial, de estructuras cognitivas como las creencias normativas y las pautas de actuación agresivas (Huesmann & Guerra, 1997) a través de la exposición a comportamientos antisociales, deben abordarse también desde una perspectiva más amplia, comunitaria y social. **Ser testigo de actos de crueldad, la exposición a modelos agresivos y la violencia en los medios de comunicación son factores centrales en el aprendizaje de la agresión. A la luz de los resultados obtenidos por las investigaciones actuales, parece razonable concluir que la agresión legalizada influye en el desarrollo de las estructuras cognitivas pertinentes de los jóvenes y, en consecuencia, en los comportamientos agresivos. Este sería especialmente el caso de personas con una predisposición a desarrollar tales comportamientos (por ejemplo, en casos de personalidad caracterizada por rasgos de insensibilidad o impasibilidad), o de aquellas que viven en entornos vulnerables, familias “de riesgo” o culturas que aceptan la crueldad contra los animales como norma.**

(...) **Hallamos que la cultura nacional es una de las razones principales de dicha diversidad. Concretamente, los hallazgos actuales respaldan la idea de que ...en aquellas culturas en las que el maltrato animal está pasivamente legitimado y es habitual verlo, se acaban estableciendo, como resultado, unas creencias normativas. Ello introduce dos consideraciones, en el sentido de que el ámbito del maltrato amplía sus dimensiones para pasar del entorno doméstico al de toda la sociedad. (...)** De forma parecida, el maltrato por negligencia no es percibido como tal en una sociedad cuyas normas vienen aceptando estas situaciones. Ello incluye, por ejemplo, el mantener a los animales en el exterior, en condiciones de temperatura extremas y atados con cadenas de un metro de longitud. Se desprende de ello que si esas culturas defendieran unos valores compasivos hacia los ciudadanos no humanos, las generaciones actuales y futuras se beneficiarían de un menor índice de comportamientos antisociales y violentos contra los seres sintientes.

(...) Mientras que en hallazgos previos se identificó a personas y familias “de riesgo”, la prevalencia de la violencia doméstica, el acoso sexual y el maltrato animal endémico nos hablan de toda una sociedad “de riesgo”.

Se ha identificado un porcentaje importante de maltrato en el hogar. Las agresiones aprendidas y adquiridas se perpetran contra los seres socialmente estigmatizados y la desvalorizada población de animales abandonados. **El ser testigo de violencia gratuita o incontrolada fomenta la aceptabilidad de dicha violencia en la sociedad, incluso la hace deseable. Las agresiones se ejercen también contra personas y bienes y tienen una alta probabilidad de ser cometidas en el ámbito doméstico cuando la persona forma su propia familia en el futuro.**” (Plant et al., 2016 p. 28)



Coordinadora de Profesionales por la Prevención de Abusos (CoPPA)



Prevención de violencia VNA.26/2017 / CoPPA

info@coppaprevencion.org